



Josep Baquer, sj.

**ACOMPAÑAR,
SERVICIO DE IGLESIA (1)**

ACOMPañAR, SERVICIO DE IGLESIA (I)

Josep Baquer, s.j.

1. ACOMPañAR PERSONAS	3
1. Algunas consideraciones previas	3
2. El acompañamiento personal como tiempo de gracia (<i>Kairós</i>)	5
3. Posibles situaciones de quien es acompañado	7
4. El que acompaña a personas situadas	9
5. Referencia a los Ejercicios ignacianos	11
2. ACOMPañAR A GRUPOS Y A COMUNIDADES	13
1. Dimensión comunitaria de la búsqueda	13
2. Buscar y encontrar la voluntad de Dios en comunidad	16
3. EL DISCERNIMIENTO DE LAS MEDIACIONES Y SUS DIFICULTADES	28
1. Las mediaciones	28
2. Vivencia teológica	31
3. Acompañar en la elección de mediaciones	32
NOTAS	38

Este cuaderno es fruto de mi trabajo como profesor en el Postgrado de Acompañamiento Espiritual (PAE) que coorganizan EIDES-Cristianisme i Justícia y la Fundació Vidal i Barraquer. Durante los cursos 2005/2010 fui enriqueciendo mis apuntes que ahora presento en dos partes: la primera que se publica en este cuaderno y otra que se publicará próximamente.

Josep Baquer, s.j. es licenciado en Teología y Arquitectura Técnica. Asistente eclesial de CVX-Sagrada Família y profesor del postgrado de acompañamiento espiritual de la Fundación Vidal i Barraquer.

Edita CRISTIANISME I JUSTÍCIA • Roger de Llúria, 13 - 08010 Barcelona • Tel: 93 317 23 38 • Fax: 93 317 10 94 • info@fespinal.com • Imprime: Edicions Rondas S.L.
• ISSN: en trámite • ISBN: 84-9730-280-X • Depósito Legal: B-37.738-2011 •
Noviembre 2011

La Fundación Lluís Espinal le comunica que sus datos están registrados en un fichero de nombre BDGA-CIJ, titularidad de la Fundación Lluís Espinal. Solo se utilizarán para la gestión del servicio que le proporcionamos y para mantenerle informado de nuestras actividades. Puede ejercer los derechos de acceso, rectificación, cancelación y oposición dirigiéndose por escrito a Barcelona, c/ Roger de Llúria 13.

1. ACOMPAÑAR PERSONAS

Dicen que la vida humana es esencialmente soledad, y que esta soledad resulta más o menos plena según cómo se haya encontrado de acompañada, según haya sido la calidad de la compañía. Dicen también que el peor acompañamiento, dejando de lado los acompañamientos directamente destructivos, es la masificación.

1. ALGUNAS CONSIDERACIONES PREVIAS

1.1. Soledad acompañada

Aunque parezca un contrasentido, tendríamos que decir que el éxito de la vida radica en esto: en vivir plenamente y con calidad la soledad. No habría experiencia creadora sin soledad, y la capacidad de ser “creador” es lo que hace a la persona como tal y le da todo su peso específico. Así lo quiere explicar el redactor Sacerdotal (P), en la primera

página de la Biblia, en el libro del Génesis, cuando deja abierto el séptimo día a la mano del hombre hecho a imagen de Dios, ¡hombre y mujer, por cierto! Ya se presenta, pues, la soledad acompañada como núcleo de la creación. Parece, por tanto, que el secreto para vivir la vida plenamente reside en encontrar las personas adecuadas en que apoyarnos, y aquellas a quienes apoyar,

mientras hacemos camino en “solitario”.

La calidad de la vida interior se basa en la soledad, pero es impensable sin el hecho del encuentro, de la relación. La soledad que no encuentra compañía, la soledad que no es capaz de acompañar, sólo conduce al vacío y al sinsentido. Probablemente el fracaso de tantas vidas radica en la falta de acompañamiento: la soledad *totalmente sola*, una soledad vacía. Esto quizá a primera vista puede parecer una *contradictio in terminis*, pero de hecho no lo es. Todos sabemos y conocemos bien de qué estamos hablando. Todos sabemos y conocemos a muchos “fracasados”, y sabemos que el fracaso radica en el no-acierto (o la inexistencia) en lo que respecta al hallazgo de los acompañantes adecuados en cada momento o situación vital: hablamos del matrimonio, de los religiosos, de los solteros, de los ancianos, de los enfermos... situaciones que resultan positivas o negativas según sea el acompañamiento. ¡Qué diferente es la situación de un anciano, con todas sus limitaciones (que pertenecen a su soledad radical insoslayable), si es acogido y querido, o si es rechazado y abandonado de la mano de Dios por los que lo tendrían que querer y acompañar! ¡O la de un enfermo, aunque sea terminal, o la de un adolescente cuando experimenta tantas incertidumbres e inseguridades, o la de quien sea!

El acompañamiento personal, tal y como nos lo planteamos en este cuaderno, se inscribe en este contexto. Acompañamiento espiritual lo llamamos, antes lo llamábamos dirección espiritual. Hablamos pues de un encuentro entre

dos soledades, que no renuncian de ningún modo a la propia soledad, ni quieren huir de ella, sino que la quieren plenificar para enriquecer de sentido el vivir, para convertirse en “creadores” a imagen de Dios. Sólo se convierte uno en creador desde la riqueza interior gestada en una soledad de calidad. Uno es acompañado y el otro acompaña, pero en realidad son dos funciones que se implican mutuamente. Sin la una no existe la otra.

1.2. La persona situada

El acompañamiento espiritual tiene como punto de partida el encuentro de dos personas situadas y condicionadas por un montón de cosas y de historias. Nunca se parte de cero. Condicionamientos de formación y de estudios, de familia humana y/o religiosa y eclesial, de relaciones personales, de profesión, de condicionamientos sociales y políticos... ¡de tantas facetas de la vida!

Este contexto vital puede ser percibido de muchas formas por quienes se encuentran en esta situación. Aquí los psicólogos tienen mucho que decir y mucho que estudiar. Sin embargo, más allá de que la sensación subjetiva de cada uno de los que se encuentran en el acompañamiento se pueda ver afectada por primeras impresiones de signo positivo o negativo, debería entenderse “cordialmente” que todo lo que sabe, siente o recuerda la persona acompañada (o la que acompaña), no es en principio ni bueno ni malo, sino que es el bagaje que lleva en la propia mochila para hacer camino. Ahora bien, es evidente que esta carga condiciona a

quien la lleva arriba y abajo. Y de esto hay que ser conscientes. Pero, como pasa al ir a la montaña, la mochila es imprescindible, aunque a veces se nos haga pesada. El buen montañero sabe qué lleva dentro, y por qué lo lleva. Pocas ascensiones podría realizar si rechazase ya de entrada el mismo hecho de tener que cargar a sus espaldas el macuto.

1.3. Realidad epifánica

El encuentro de dos personas cristianas, que quieren seguir más de cerca a Jesús el Señor (¡que para esto se encuentran!) saben (¡creen! ¡Ay la fe, qué oscura es a veces...!) que la realidad concreta de un pequeño y pobre país, sometido al poder del imperio de turno, fue el lugar de manifestación del Hijo de Dios. Una manifestación que fue largamente preparada en la historia. Una historia imprescindible. ¡Y qué historia! Tan llena de fracasos, de violencia y de malentendidos, de miserias humanas... pero también de profunda humanidad manifestada en tanta gente de fe, los unos con

nombres conocidos, y la mayoría gente “pequeña” y sin nombre.

Desde el punto de vista creyente la historia es el lugar concreto de manifestación del mismo Dios. La historia es lugar epifánico imprescindible. La historia es el lugar (teológico) donde se manifiesta el encuentro de Dios y la humanidad, la situación en la cual Dios se deja encontrar, el contexto en el cual se hace realidad el Dios que acompaña a la humanidad. Este acompañamiento resulta evidentemente el referente para todo acompañamiento humano y espiritual. Ahora bien, lo que caracteriza la calidad del acompañamiento de Dios mismo es la “compasión”: Dios que se hace cargo de la condición y de la situación humanas, Dios que la percibe como propia, Dios que en definitiva la hace suya pero no para hundirse en ella, sino para transformarla: para pasar de muerte a vida. La historia resulta a ojos de la fe (que no olvidemos que es esencialmente “noche oscura”) realidad epifánica y pascual, ¡porque el Dios de Jesús en quien creemos es así...!

2. EL ACOMPAÑAMIENTO PERSONAL COMO TIEMPO DE GRACIA (*KAIRÓS*)

2.1. Dimensión creadora

Entendemos, pues, que el hecho del encuentro se convierte en un tiempo de gracia, *kairós* en el griego del Nuevo

Testamento. Un tiempo de creación, un tiempo de crecimiento, un tiempo para la vida. Es un encuentro ocasional, acotado en el tiempo. No es para toda la

vida y a pesar de ello, si es auténtico encuentro, deja un poso que permanece toda la vida. Porque el encuentro cuando es profundamente humano (¡y divino!) tiene una cierta dimensión de eternidad, aunque físicamente se haya establecido en un segmento del tiempo de la historia de unas personas. Todo lo que es profundamente humano, tiene la densidad de lo que es definitivo. Tiempo de gracia, porque es ocasión manifiesta de la acción de Dios, del Espíritu. Hablo, evidentemente, desde mi fe cristiana. Pero sin necesidad de referencia explícita al hecho creyente, podríamos decir que todo acompañamiento espiritual, en principio, es gracia, es *Kairós*. Los cristianos no tenemos la exclusiva de ello, ciertamente: existe toda una tradición presente en las diversas religiones.

Como decíamos más arriba, el encuentro permite convertirse en imagen de Dios más plenamente. El acompañamiento como encuentro de dos soledades “cualificadas” es lugar para la generación de vida, de nueva vida, lugar en donde el Espíritu creador incuba humanidad plena. Y es esta dimensión creadora y generadora de vida la que nos hace ser imagen del único creador: Dios.

2.2. Reconciliación con la historia

El acompañamiento es un tiempo de gracia porque se convierte en ocasión de reconciliación con la propia historia. Muy a menudo el inicio de un encuentro, ya sea “espiritual” (acompañamiento) o con carácter terapéutico, está mar-

cado por el desgarramiento interior. Pasa un poco como el caso de quien va al médico porque se encuentra mal con su cuerpo y consigo mismo. Es evidente que sin reconciliación no hay posibilidad de avanzar vitalmente, creando nueva vida. Si la “mochila” es sólo un lastre pesado y molesto, la ascensión a la cima resulta una especie de tortura: no se puede disfrutar del paisaje, ni de la compañía, ni de la naturaleza, ni de nada. Sólo se percibe el enorme peso de la mochila. Desde el punto de vista psicológico (que de hecho no se puede separar del espiritual) se hace necesaria una reconciliación que posibilite ir hacia delante creando nueva vida.

Desde un punto de vista “creyente”, quisiera apuntar un referente clave: la mirada de Dios. Si la persona no va más allá de recordar, ver y contemplar lo que pasa o ha pasado con la propia mirada, está condenada al fracaso. Nuestra mirada suele ser tendenciosamente negativa. Aún recuerdo con terror aquella pedagogía de la que fuimos objeto cuando éramos pequeños basada en un mal entendido “temor de Dios”, cuando nos hablaban de la práctica del examen de conciencia como un recuento de aquellos pecados que provocaban la ira de Dios. Eran nuestros pecados, vistos con nuestra mirada, enrarecida aún más por los condicionantes pedagógicos de la época. Una mirada que cuanto más detallada era, más nos hundía en el abismo de la impotencia humana. Supongo que esto marcó toda una generación educada no en un temor de Dios, sino en un rechazo de Dios. No quisiera ser injusto porque afortunadamente hubo muy buenos pedagogos que nos

acercaron al Dios de Jesús, al Padre compasivo.

Pues bien, pienso que el acierto del acompañamiento radica precisamente en esto: disponer a la persona a un cambio de mirada. Disponer a la persona a recibir el don máspreciado que es el de poder ver las cosas con los ojos de Dios. Ver la realidad interior y exterior, ver la historia y el presente, con la ternura lúcida de la mirada de Dios. Y digo disponerse a “recibir el don” porque se trata de pura “gracia”: algo, por lo tanto, que es necesario pero que no está de entrada a nuestro alcance y que sólo Dios mismo nos puede conceder. Aquí nos sumergimos en otra cultura y en una otra pedagogía: la que nos adentra en la posibilidad de adquirir una sensi-

bilidad (espiritual y humana) que nos permita captar la “misma” realidad de una manera renovada. El creyente sólo se podrá reconciliar a fondo con su historia en la medida en que vaya deseando y acogiendo este don. Aquí tendríamos que decir algo obvio: hablar de don de Dios es hablar de gratuidad. Desde este referente se abren caminos profundos a la oración como realidad que sitúa adecuadamente a la persona en su relación con Dios, que es relación de gratuidad. Se entiende que un don como éste de poder ver las cosas con la mirada de Dios se tiene que desear, se tiene que pedir y hay que estar dispuesto para recibirlo. Toda una pedagogía que se tendrá que hacer presente en el acompañamiento espiritual.

3. POSIBLES SITUACIONES DE QUIEN ES ACOMPAÑADO

Considero, aquí, como persona acompañada una persona creyente cristiana. Es verdad que muy a menudo nos encontramos también con personas que se consideran no creyentes, pero que por razones diversas se aproximan porque necesitan abrirse, explicar sus inquietudes sobre la vida..., y porque quizás tienen la intuición de que serán escuchadas con confianza. Pero dejo de lado ahora estas situaciones. La persona explícitamente creyente “confesional” que busca acompañamiento es, como todos, un sujeto “situado” y “condicionado”.

Selecciono tres posibles situaciones de estas personas. Hay otras, seguro, pero me interesan especialmente éstas que, desde mi experiencia, son las más frecuentes, enumerando de forma resumida los elementos básicos que definen cada una. Propongo, pues, unas situaciones “aparentes” en el sentido etimológico de tal y como “se nos manifiestan”, tal y como “se nos aparecen”. Sabemos que toda clasificación es teórica, pero nos puede ayudar a aclararnos. La vida, gracias a Dios, es mucho más rica y compleja.

3.1. Aparentemente negativas

- Desgarramiento interior/exterior debido a causas explícitas y muy a menudo implícitas, que de momento no aparecen, pero que están ahí.
- Sentimiento de culpabilidad (que a veces tan sólo es un cierto complejo que enrarece el espíritu: no olvidemos que aún hay personas muy escrupulosas).
- Patologías propias del estrés ambiental y también del estrés apotóxico, cuando la necesidad imperiosa de “producir” ha creado adicción.
- Decepción personal por razones institucionales “exteriores” a la persona (muchas veces gente decepcionada de la Iglesia institución a cualquier nivel).
- Cansancio vital (y espiritual) y sensación de vacío y de fracaso humano.
- Vida familiar (humano-religiosa) en crisis.

Estas personas en el fondo tienen un gran deseo de encontrar la paz: necesitan reconciliación interna y externa; necesitan aliento vital; necesitan, como Nicodemo, “volver a nacer”.

3.2. Aparentemente positivas

- Sentimiento de paz y de equilibrio “ecológico” en su hacer y en su ser.

- Vida plena y realizada, a través de las ocupaciones y responsabilidades comunitarias, eclesiales, profesionales, o de formación y estudios.
- Vida familiar “arreglada”

Estas personas, aunque no lo verbalicen, acostumbran a vivir movidas por un deseo de crecer (en el Señor), y por esta razón buscan acompañamiento.

3.3. Ocasionales

Dejando de lado aquellas personas que han decidido hacer Ejercicios Espirituales y que por tanto ya saben que serán acompañadas, y de una manera determinada de acuerdo con el “método” de los EE, me refiero a las personas que buscan acompañamiento personal en su vivir normal, sin estar en EE.

- En situación de tomar decisiones importantes en la vida y de cara a encauzar procesos de elección.
- Religiosos en etapas de formación.
- Parejas en etapas previas al matrimonio.
- Matrimonios en determinadas fases de su vida de pareja.

Personas que normalmente lo que buscan es encontrar la voluntad de Dios y desean el *magis*: aquello que más los oriente a responder al deseo del Señor por lo que respecta a su vida.

4. EL QUE ACOMPAÑA A PERSONAS SITUADAS

4.1. Disposición inicial

El que acompaña, ya desde el primer momento en que se establece la relación con la persona concreta, ha de ser consciente, y no sólo dar por supuesto, que la persona está “situada” y “condicionada” por un cúmulo de circunstancias, y en este sentido tendrá que mostrarse decidido e ilusionado a acoger a alguien que busca espacios de libertad interior. Pero sobre todo tiene que vivir la certeza de que se inicia un tiempo de gracia, de *kairós*. Se inicia un tiempo “favorable”, porque, y aquí es verdad aquello del Evangelio, cuando se encuentran dos personas en nombre del Señor, Él se hace presente.

Por otro lado, tendrá que considerar que no hay circunstancias ideales, que la situación única ideal es el punto del cual parten: aquella realidad que ambos irán conociendo cada vez más. En este sentido, quien acompaña deberá tener muy presente que, a pesar de no coincidir o de no estar de acuerdo con los sentimientos de quien se le acerca, tiene que acogerlo porque es el bagaje de la persona que tiene delante de él. Se tendría que evitar ya desde el primer momento cualquier juicio ético. Otra cosa es que determinados temas o situaciones, la persona que se nos acerque los viva como auténticos dramas personales (que quizás objetivamente lo son) o como éxitos muy positivos (que quizás también lo son). La “materia prima”, sin embargo, es la que hay, y es ésta la que se convertirá en el lugar pri-

vilegiado de encuentro y de acogida de todo el amor y fidelidad del Señor.

Hay que esperar que vaya evolucionando desde este punto de partida. En cualquier caso, todo proceso personal “positivo” (la esperanza de todo acompañamiento es que el proceso sea positivo) resulta siempre conversión de uno mismo hacia los que nos rodean y, en definitiva, hacia el Señor.

Finalmente, quien acompaña debe tener un gran deseo de ser “sacramento” eficaz de la presencia de Dios-Compasión, de Dios-Padre-Madre. En este sentido, deberá tomar consciencia de que es sólo un instrumento para una tarea muy delicada no de cara al propio servicio o beneficio, sino por causa de aquel que nos ha llamado a repartir el pan que él nos da y que no es nuestro (Mt 15,35). Es como el cirujano que tiene en sus manos una vida que no es suya y que él intenta mejorar o salvar. Hay que pensar que muchas veces la enfermedad radical que padecen muchos de los que se nos acercan para que los acompañemos, es haber interiorizado una imagen de Dios muy deformada y muy alejada de la que nos mostró el mismo Jesús.

4.2. Modo de proceder

Sólo unas pistas para el camino que pueden ayudar, siendo muy consciente también de aquello que la sabiduría popular afirma de que «cada maestrillo tiene su librillo».

Ya desde el inicio de la relación de acompañamiento, la persona acompañada tendría que ser objeto preferente de la plegaria de quien lo acompaña. Si como decíamos, él sólo es un instrumento y un sacramento en manos de Dios, tendrá que estar muy bien comunicado con el Señor para poder ayudar a aquella persona que se le acerca buscando la paz, buscando caminos de crecimiento, buscando la reconciliación interior o buscando encontrar a Dios, de quien quizá tenga una imagen muy distorsionada. Pero sólo el Señor es el maestro y el guía.

– Emplear una pedagogía de cariz mayéutico. Como Sócrates, el acompañante debería estar convencido de que la verdad ya anida en el corazón del discípulo y sólo hay que dejarla aflorar, pero que tiene que ser el discípulo quien haga el proceso: no se puede imponer nada desde fuera. Dejar, por lo tanto, que el *nous* de aquel que quiere ser acompañado vaya haciendo su proceso, convencidos, con Agustín, de que en lo íntimo más íntimo de uno mismo está Dios. La tarea de quien acompaña consiste en ayudar sólo a ir desenmascarando falsas imágenes y todo tipo de impedimentos que dificulten la eclosión del mismo Dios hacia fuera.

– No convertirse nunca en juez ni de la persona acompañada ni de aquello que él percibe como suyo, sea aparentemente bueno o aparentemente malo. Quien acompaña ni tiene ni es la verdad, ni nadie lo ha nombrado juez de un hermano ni de sus actos.

Lo que no supone renunciar a aquella sabiduría que va en contra de toda ingenuidad. Una sabiduría que deberá iluminar precisamente el camino de quien es acompañado, pero nunca desde el juicio.

– Trabajar, básicamente “de escuchador” sin estar condicionado por aquel “y ahora qué le diré” o “qué le tendré que aconsejar”. En principio, la actitud debería ser la de quien no tiene nada que decir, sino sólo escuchar. El encuentro de ambos es hacer presente el misterio del uno y el misterio del otro, y el misterio del otro jamás se puede manipular, sólo se puede interiorizar generando así procesos de conversión mutua. Sólo cuando uno se ha dejado afectar por el misterio del otro, desde la sabiduría del corazón, le podrá decir una palabra no destructora sino constructora. Y sólo así la palabra puede ser acogida y recibida. Hablar de acompañamiento es, en definitiva, hablar de conversión, pero conversión de quien acompaña y de quien es acompañado: sólo la conversión genera encuentro y palabra “creadora” como decíamos al inicio.

Hay que tener muy presente que todo aquello que es esencial y vital para la persona es siempre aparentemente inútil: no va por caminos del dios-productividad o del dios-éxito. El amor en este sentido es “inútil”, y también la solidaridad, la estética y el arte (el auténtico, no el de mercado...). Tampoco el encuentro de acompañamiento espiritual va por caminos de productividad.

Tanto es así que los resultados aparentes no son la causa ni el motivo. Sólo el mismo Dios es quien tiene acceso al corazón de la persona y quien puede

reorientar todo lo que haga falta. Por esto podemos decir que el acompañamiento espiritual tiene toda la utilidad de aquello que es inútil.

5. REFERENCIA A LOS EJERCICIOS IGNACIANOS

Teniendo en cuenta estos tres modelos, a la hora de la práctica nos puede ayudar tener en cuenta algunos aspectos bien conocidos de los Ejercicios que propone san Ignacio.

5.1. Situación aparentemente negativa

Puede ayudar considerar el conjunto de las Reglas de discernimiento de la Primera Semana, y esto sin necesidad de citarlas explícitamente al acompañado. Estas reglas explican las tentaciones “típicas” de la persona que se encuentra en este momento y los consejos adecuados para superarlas. No olvidemos que la malicia del “mal espíritu” radica en hacer todo lo posible para que el ejercitante “abandone” y lo deje correr. Son unas tentaciones que pretenden frenar cualquier proceso de crecimiento. Hay que considerar que el hecho mismo de ser tentado no es negativo, sino al contrario: es señal de que la persona está haciendo verdaderamente el proceso. De otro modo, el “mal espíritu” no se tomaría la molestia de “tentar”.

5.2. Situación aparentemente positiva

Es mucho más delicada, porque quien está en este proceso ya está decidido a ir hacia adelante, como le pasa a quien está en Segunda Semana de Ejercicios. Por esto habría que tener presente las Reglas de discernimiento de Segunda Semana. El tentador cambia de táctica: ahora ya no pierde el tiempo intentando interrumpir el proceso o frenar la marcha. Difícilmente lo conseguiría. Ahora lo que busca es desviar poco a poco el camino para conducir al ejercitante hasta allí donde él, el tentador, quisiera: a dejar de buscar la voluntad y el deseo de Dios. Son las tentaciones a base de falsas consolaciones, tendentes a fomentar especialmente los autoengaños de quien hace camino.

5.3. Situaciones ocasionales

Estas situaciones pueden ser muy variadas, pero en todo caso todas acostumburan a ir por caminos de elección o de confirmación de la elección del camino iniciado. En este sentido, habrá que hacer camino de Segunda y sobre todo de

Tercera y Cuarta semanas, acompañando al Señor que camina tocando de pies en el suelo hacia Jerusalén. Un tiempo pues de confirmación teniendo como referencia la totalidad del misterio pas-cual que es cruz, resurrección y don del Espíritu. Así, se deberá ayudar a la persona acompañada a profundizar en el conocimiento de la realidad propia y del entorno para que pueda vivir des-

pierta (sin ingenuidad) su elección. Es decir, para que pueda asumir de forma adulta todos los aspectos tanto los aparentemente positivos como los aparentemente negativos. O sea, el acompañamiento será una lenta pedagogía orientada a ordenar, aliviar si es necesario y optimizar la propia mochila hasta llevarla con afecto hacia arriba, hasta la cumbre.

2. ACOMPAÑAR A GRUPOS Y A COMUNIDADES

Propongo como punto de partida cuatro ideas que todos conocemos y vivimos intensamente, pero que quizás conviene formularlas para enmarcar mejor el desarrollo ulterior del tema. Me ahorro citas bíblicas para no hacer aún más denso el contenido de la exposición.

1. DIMENSIÓN COMUNITARIA DE LA BÚSQUEDA

1.1. Seguimiento del Cristo como vocación (*vocare*) y convocatoria (*cum-vocare*)

En los evangelios, sobre todo en los primeros capítulos, encontramos muchos relatos en los cuales Jesús llama a personas concretas y las invita al seguimiento más radical. El contexto de la llamada es, sin embargo, normalmente

comunitario. Incluso dicen “te hemos encontrado”. Si nos fijamos un poco, nos damos cuenta de que Jesús no sólo llama personalmente al seguimiento, sino que invita a la comunidad de discípulos a participar muy de cerca. Es lo primero que hace al iniciar la vida pública: convocar a una comunidad de discípulos a su alrededor.

Así pues, podríamos afirmar, sin detenernos demasiado en el tema, que el Señor no sólo llama (*vocat*) sino que convoca (*cum-vocat*): reúne a unas personas que han sido llamadas por su nombre para ser enviadas a predicar. Desde el primer momento, pues, queda claro el paradigma del seguimiento cristiano: seguir al Señor tiene una dimensión personal y a la vez comunitaria. Esta dimensión se ilumina y toma cuerpo a partir de la experiencia pascual. Todos los seguidores de Jesús son llamados personalmente y se incorporan a la comunidad vinculada íntimamente con Cristo: serán los bautizados en Cristo, llamados a participar en la muerte y la resurrección del Señor, llamados a ser testimonios del Resucitado.

1.2. Iglesia (cristiana) cuerpo-de-Cristo articulado en grupos que lo hacen presente y actual

Así, las primeras comunidades de tradición paulina entienden la Iglesia (*ecclesia*) como el Cuerpo del Cristo, sacramento de su presencia salvadora en medio del mundo. La dimensión comunitaria resulta esencial al hecho cristiano, porque ella misma significa, manifiesta y realiza el misterio pascual en medio del mundo y de la historia. Ahora bien, este Cuerpo de Cristo se hace presente en cada iglesia y en cada comunidad particular y local que vive en comunión con la totalidad de la Iglesia. Dejo de lado ahora todas las patologías acumuladas a lo largo de la historia que nos han llevado a dividir este sacramento de salvación universal que tendría que ser la Iglesia.

1.3. El Espíritu como don y como tarea: búsqueda y encuentro mientras se hace camino

La comunidad cristiana lo es en la medida en que está vinculada íntimamente a Cristo, como lo están la vid y los sarmientos, y es esta unión con Cristo la que es fruto de la acción del Espíritu. Es él quien nos reorienta hacia el Padre y nos hace decir “*Abba*”: es la plegaria del Hijo que se comunica con el Padre en el seno de la Trinidad. Aquí adquiere toda su fuerza la plegaria que enseñó Jesús a la comunidad de los discípulos cuando le pidieron que les enseñara a rezar, y el Señor les enseñó la plegaria de las “siete peticiones”, una plegaria dirigida al “Padre nuestro” (no al Padre mío). Desde entonces los seguidores de Jesús, con Él mismo, se dirigen al Padre con el impulso del Espíritu, y lo hacen como “cuerpo-de-Cristo”, como comunidad, como iglesia, aunque la plegaria surja de los labios y del corazón de una sola persona en su plegaria íntima. Quizás es cuando rezamos cuando más experimentamos el don del Espíritu en el mismo deseo de comunión y comunicación con el Señor dirigiéndonos a nuestro Padre.

Una de las siete peticiones que se expresan en la plegaria del Hijo, la tercera, es aquel “hágase tu voluntad” como consecuencia de la anterior, “venga a nosotros tu Reino”. Fue el núcleo de la plegaria de Jesús a lo largo de su vida, y es el núcleo de la plegaria de la Iglesia mientras hace camino: hágase tu voluntad “en nosotros” para que “venga tu Reino”. En realidad es una sola petición que tiene el Reino como objetivo y la

implicación total del Hijo en esta voluntad del Padre. Es el Espíritu quien inspira esta plegaria, es el Espíritu quien alimenta el deseo de captar cuál es la voluntad de Dios, y es el Espíritu quien impulsa a hacer esta voluntad. Acoger esto es el gran don del Espíritu a la Iglesia. Y como pasa en todo don auténtico, el hacer la voluntad de Dios resulta una tarea para aquel que lo pide: la tarea de buscarla, la tarea de acogerla y la tarea de llevarla a cabo.

1.4. El Espíritu como “certeza” pero no como “evidencia”

La comunidad vive, por la fe, la certeza de la presencia activa del Espíritu en ella. Y sabe que es este Espíritu quien lo impulsa a buscar y a encontrar la voluntad del Padre. Tiene la certeza, pero no la evidencia. La comunidad vive siempre, como vivió el mismo Jesús, el riesgo de la fe. Y por lo tanto tiene que asumir que el buscar y encontrar la voluntad de Dios no es un camino de evidencias, sino un camino de fe. La Iglesia, como el mismo Jesús, sabe que, como dice la canción que glosa unos versos de san Juan de la Cruz, «de noche iremos, de noche, que para encontrar la fuente, sólo la sed nos alumbra». Esta sed es la acción del Espíritu.

En este contexto se inscribe la necesidad que tiene el Cuerpo-de-Cristo de vivir siempre la provisionalidad que comporta la fe. Un camino de búsqueda constante que cada seguidor de Cristo deberá hacer teniendo como referente la comunión eclesial, y que la propia co-

munidad tendrá que realizar teniendo como referente la acción del Espíritu que se manifiesta en la historia, y en el mismo camino.

1.5. Búsqueda de la voluntad de Dios

Esta dinámica de búsqueda constante de la voluntad de Dios tiene unos momentos más fuertes e intensos en la vida de la comunidad. Pero estos momentos de mayor grado de sacramentalidad pueden ser posibles porque la dinámica habitual de la iglesia, de la comunidad, del grupo eclesial es la que alimenta la plegaria del Hijo: hágase tu voluntad.

Podríamos decir, utilizando terminología informática, que en este “programa” hacia el Reino, haciendo camino con el Hijo, hay un “bucle”: en la medida en que la comunidad vive vinculada a Cristo, experimenta el deseo de buscar y de encontrar la voluntad de Dios; y en la medida en que se pone a buscarla, experimenta la vida del Espíritu y se siente crecer como iglesia. Dicho de otro modo: la búsqueda eficaz de la voluntad de Dios en comunidad genera comunión, y en la medida en que crece la comunión, se experimenta el deseo de buscar y de encontrar aún más la voluntad de Dios. El Cuerpo-de-Cristo experimenta pues una espiral de crecimiento hacia la plenitud de la Pascua.

La búsqueda de la voluntad de Dios en comunidad, en iglesia, no es algo accidental en la vida de la Iglesia, sino que es un elemento constitutivo.¹

2. BUSCAR Y ENCONTRAR LA VOLUNTAD DE DIOS EN COMUNIDAD

2.1. El sujeto

2.1.1. Tipología

El sujeto de la búsqueda de la voluntad de Dios es genéricamente el conjunto de la Iglesia, organizada a diferentes niveles: Iglesia universal, iglesias y confesiones, iglesias y comunidades locales, comunidades religiosas, comunidades de laicos, comunidades parroquiales, equipos de gobierno, equipos apostólicos, y un largo etcétera. Todas estas realidades eclesiales configuran la totalidad del Cuerpo de Cristo que aún hoy va creciendo y resucitando en la historia. Todas estas “concreciones” viven la dinámica del Espíritu: la dinámica de la búsqueda del Reino.

Dado que la realidad es muy diversa, es imposible hablar de todas ellas de un modo específico. Pero sí que podemos hablar de ello “en general” sabiendo que las generalizaciones son siempre poco precisas.

2.1.2. Condicionamientos

Si me permitís, introduciré un “concepto ignaciano” que quizá nos pueda ayudar. Cuando Ignacio plantea la posibilidad de que una persona pueda hacer los Ejercicios, dice que hace falta que tenga *subiecto*. *Subiecto* es aquel conjunto de cualidades y condiciones que permiten a una persona introducirse en un determinado proceso del cual se puede esperar un fruto adecuado y proporcionado. No hay una relación automática entre *subiecto* y fruto esperado. Pero sí

que hay una causa y una razón para la esperanza de lograr aquel fruto deseado. El *subiecto* no cualifica a las personas entre buenas y menos buenas, es sólo la expresión razonable de unas determinadas expectativas. *Subiecto* habla de capacidad proporcionada. En el caso de los Ejercicios, una persona que lo tiene significa que tiene unas capacidades humanas y espirituales (don de Dios) que hacen suponer y permiten esperar que podrá dar mucho fruto en el Señor. En función de esta capacidad, quien propone los Ejercicios deberá actuar de una forma u otra, para que la persona en concreto pueda hacer el camino sin dificultades o cargas desproporcionadas a sus capacidades. Y que conste que esto no tiene relación directa con los estudios y las carreras. Para entendernos: puede ser que una persona con “muchos estudios” no tenga *subiecto* y una persona sin muchos estudios, en cambio, sí.

Así pues, con las comunidades y los colectivos, entendidos como posibles sujetos de un camino de búsqueda, sucede lo mismo. Pueden tener más o menos *subiecto*, según los condicionamientos exteriores y las características de las personas que conforman el grupo. Esto se podría ejemplificar de muchas formas. Todos sabemos que una comunidad es más que la suma de los miembros que la componen: siempre hay un algo más que ultrapasa este “sumatorio”, pero es evidente que permanece condicionada por sus miem-

bros, sus cualidades y capacidades, su edad, su formación, sus ocupaciones, sus tradiciones, etc. Al empezar a conocer un grupo o una comunidad se puede intuir, sin prejuzgar, si hay más o menos *subiecto* de cara a un posible proceso de búsqueda en comunidad. A partir de lo que hay, hay que pensar en cómo iniciar el camino.

2.1.3. Niveles de búsqueda: diversas “velocidades”

En cualquier caso, el punto de partida es el que es. Hay que presuponer siempre que si hay comunidad eclesial, la que sea, no es por azar, sino porque ha habido una “convocatoria” del Señor, y que por lo tanto se podrá esperar aquello que el Señor espera. Siempre una comunidad podrá dar un paso adelante, podrá crecer algo en acogida de la voluntad de Dios. Así pues, hay que ser radicalmente optimistas, en este sentido, y hacer lo posible para que desde cada realidad siempre se pueda “empezar” a hacer camino de búsqueda y crecimiento. Es evidente, sin embargo, que si hay grupos y comunidades con más *subiecto*, habrá que aprovecharlo a fondo. Supongamos: determinados equipos apostólicos, equipos de gobierno, grupos de superiores, sacerdotes de un arciprestazgo o grupo de parroquias, grupos de estudiantes (religiosos), consejos pastorales, etc.

Por esto podríamos hablar de comunidades/grupos de diversas velocidades en cuanto a las posibilidades de entrar en procesos formales y explícitos de búsqueda de la voluntad de Dios. Quizás habrá comunidades que en determi-

nados casos deleguen en algunos de sus miembros la gestión de un proceso de este tipo, participando el resto en el proceso “sólo” desde su plegaria. Pensemos en el Concilio Vaticano: sólo unos pocos “cristianos” participaron directamente, como padres conciliares, como teólogos o consultores, como organizadores o invitados... pero todos nosotros participábamos desde nuestra oración.

Este es el caso de muchas congregaciones religiosas: no todas las comunidades tienen el mismo *subiecto* de cara a iniciar procesos de búsqueda más explícitos, pero es seguro que todas están llamadas a participar desde sus posibilidades reales. La tarea de los “líderes” será muy a menudo la de entusiasmar, animar y motivar para que todos se sientan participantes activos. Aquí podríamos hablar de la pedagogía de la participación en los procesos de búsqueda comunitaria, para que nadie se sienta excluido, sino bien al contrario: cada uno, cada comunidad, participe desde sus posibilidades. Pensemos que los procesos de búsqueda comunitaria son tan o más importantes que las posibles conclusiones o decisiones finales. Recordad aquello del “bucle” que antes comentaba, entre la búsqueda y el resultar o el crecer como comunidad.

2.2. Las condiciones

2.2.1. Unos previos necesarios

Voluntad de búsqueda

A partir de ahora me referiré al hecho de la búsqueda de la voluntad de Dios inherente al hecho cristiano personal y comunitario, pero no en abstracto sino a

partir de procesos explícitos de búsqueda que inicien o quieran iniciar grupos, equipos o comunidades eclesiales o de otros colectivos.

Aunque parezca obvio, hay que decir que entrar en un proceso de este tipo supone por parte de los que se lo proponen una voluntad decidida de buscar y encontrar la voluntad de Dios a partir de una determinada situación o circunstancia que la comunidad en cuestión entiende que se tiene que plantear, y, en consecuencia, la disposición a poner todos los medios al alcance para poder proceder eficazmente en el camino que se quisiera iniciar. Por analogía a aquel que desea iniciar un proceso de Ejercicios Espirituales, y que se le pide entrar «con grande ánimo y liberalidad» [EE 5], todos aquellos que entran en un proceso comunitario de búsqueda también deben estar muy animados y muy dispuestos. Nadie debería iniciarlo por obligación o en contra de su voluntad, porque esto sería un impedimento de cara al proceso.

Causa proporcionada

Evidentemente, el hecho de iniciar un proceso de este tipo supone mucha inversión de tiempo, de recursos y de esfuerzo. Por eso, antes de empezar, habrá que ponderar si el motivo es proporcionado. No se puede iniciar un proceso serio de búsqueda para cualquier minucia. Pensemos que la mayoría de cosas que hay que decidir “en cristiano” son sencillas para aquellos que tienen buena disposición interior y una inteligencia y cualidades humanas y espirituales proporcionadas a las deci-

siones que han de tomar. A menudo, basta con unas cuantas consultas y ratos de reflexión y de oración para decidir correctamente. Por esto «no se tienen que matar moscas a cañonazos». Pero, si hay razones proporcionadas, vale la pena plantearse seriamente la oportunidad de iniciar un proceso explícito de búsqueda. Por ejemplo, a la hora de formular un proyecto apostólico comunitario, o a la hora de elaborar un plan estratégico, para decidir temas graves que afectan al colectivo o a otras personas.

Estabilidad

Para poder llevar a cabo todo el proceso, hace falta que los que integran el equipo, el grupo o el colectivo pertinente, se comprometan “eficazmente” a participar en él a todos los efectos y con toda la dedicación necesaria. Como veremos más adelante, la principal actividad, la que supondrá más tiempo y dedicación, es la oración personal, más que las reuniones. Hay que contar con ello. Se tienen que evitar entradas y salidas (de participantes) que generarían inestabilidad en el grupo y disfunciones internas en el proceso.

Disposiciones personales

Tenemos que volver de nuevo a aquello del *subiecto*. Las personas que tendrían que participar en el proceso de búsqueda deberían ser las más adecuadas, por su responsabilidad, por sus conocimientos o su experiencia, o por sus cualidades humanas y espirituales. Si es un colectivo suficientemente extenso, quizás no todos tendrán que participar de

la misma forma. Un núcleo debería llevar a cabo la tarea principal mientras otros actuarían como informadores, otros darían apoyo logístico y otros acompañarían desde la oración.

En cualquier caso, aquellos que participen en un proceso de este tipo que comporta dedicación en privado y dedicación en común, deberían tener suficiente espacio en las agendas y consciencia de priorización de este asunto que les ocupará tiempo, cabeza y corazón, a lo largo de unas semanas o de unos meses.

Esto es lo que les sucede también a aquellas personas que deciden hacer los Ejercicios en la vida ordinaria: sin dejar las ocupaciones habituales, tienen que reestructurar el tiempo para que puedan hacer con orden y concierto y sin presiones las actividades propias de los EE.

Querer “perder tiempo” para “ganar tiempo”

De hecho lo acabamos de decir: hay que estar dispuestos a perder tiempo para ganar tiempo. El núcleo de personas que dio lugar a la Compañía de Jesús, cuando tenían que separarse con cierta urgencia por causa de las misiones que se les encargaban, y, dado que tenían algunos temas de importancia por decidir [sobre la obediencia, sobre la pobreza de las casas], decidieron *invertir* más tiempo en la oración para encontrarse brevemente y así poder decidir con acierto. Las prisas empujan a tomar decisiones de forma precipitada, y en el momento de una búsqueda eficaz de la voluntad de Dios, hay que estar dispuestos a “perder” tiempo.

2.2.2. *Unas actitudes necesarias*

Saber y querer escuchar

Normalmente estamos acostumbrados en nuestras reuniones a hablar mucho y a estar siempre pendientes de ver qué dice el otro para poder responder con agilidad. A veces, ya ni nos detenemos a ver qué dice porque ya “sabemos” qué queremos decir o qué tenemos que decir. A menudo en nuestras reuniones discutimos los temas buscando las razones más convincentes, y a veces son los que tienen más experiencia o más elocuencia, los que acaban llevándose el gato al agua. Es aquello del vencer pero no convencer.

Cuando entramos en un proceso comunitario de búsqueda sincera de la voluntad de Dios, tiene más importancia el saber escuchar que el saber hablar, porque el objetivo no es el de imponer la verdad de nadie, sino encontrar el deseo de Dios mismo sobre alguna cosa y, si somos comunidad, sabemos que El se manifiesta, entre otras cosas, a través de aquello que siente y experimenta cada miembro de la comunidad. Así pues, es necesario que todos estén más dispuestos a escuchar que a hablar.

Hablar con ponderación

Cuando alguien hable, que evidentemente todos tendrán que hablar y expresarse confiadamente, lo tendrá que hacer con ponderación y respeto sin ningún tipo de complejo: ni el de tener o poseer la verdad, ni el de creer que lo que diga no tiene ningún interés. Esto requiere adquirir una cultura especial, la cultura de la escucha, poco frecuente

en nuestra cultura dominante, y menos en la cultura política. Es cierto sin embargo que un proceso de búsqueda tiene muy poco que ver con una tertulia entre políticos. Es otra cosa.

Hacerse indiferente

Porque somos humanos y porque estamos condicionados por un montón de circunstancias, es seguro que al iniciar cualquier proceso de búsqueda los participantes están mediatizados por determinadas razones, motivos, prejuicios y otros condicionamientos. El punto de partida no acostumbra a ser neutro ni hace falta que lo sea. Siempre va bien que de entrada se sepa que hay opiniones diversas sobre el tema que será objeto de análisis y de estudio “en el Señor”.

Sin embargo, el proceso deberá ir avanzando, y avanzará, en la medida en que todos vayan entrando por caminos de indiferencia. El crecer en esta actitud es lo que permitirá escuchar y dejarse afectar por los puntos de vista de los demás. Finalmente se llegará a conclusiones, a consensos, a decisiones en común. Pero serán fruto del camino hecho por todos hacia la indiferencia. Sólo desde la indiferencia toma sentido la plegaria del Señor: «hágase tu voluntad». En definitiva, se trata de ir desplazando el “centro”: desde el propio yo hacia la comunidad, hacia el Señor.

Discreción y respeto

Aquellos que participan en un proceso de búsqueda tienen que sentirse en un ambiente de confianza plena. Todos deben saber que la gente sabrá guardar

secretos; que nadie difundirá puertas afuera aquello que se haya visto o que se haya escuchado en los encuentros y puestas en común. Todos deberían respetar y deberían sentirse respetados. No hablamos de secretismo, sino de respeto profundo y de discreción. Hace falta que se genere en todo momento un ambiente de profunda confianza.

Conjunción de la cabeza y del corazón

Todo camino de búsqueda de la voluntad de Dios en comunidad pone en marcha la cabeza y el corazón. Las cuestiones se tienen que clarificar, se tienen que entender; hay que saber qué consecuencias pueden tener las posibles opciones; si se requiere la intervención de peritos en determinadas materias habrá que convocarlos; si se requiere que alguien estudie especialmente algún tema, habrá que hacerlo: la cabeza tendrá que hacer trabajar la inteligencia para iluminar las cuestiones. Pero todo ello tendrá que llegar al corazón, porque es en el corazón donde se toman las decisiones, y es el corazón quien lo mueve todo. Si los afectos no se han convertido, difícilmente las decisiones serán efectivas. Pero si sólo los afectos son el motor de todo, se pueden hacer muchos disparates.

Así pues, hace falta que haya conjunción entre la cabeza y el corazón. Y esto requiere tiempo. Requiere “proceso”, porque esta conjunción no es una realidad de entrada sino la culminación de un camino. La inteligencia aportará datos objetivos, aspectos positivos y aspectos negativos (toda decisión es una mezcla de los dos), pero el corazón ten-

drá que asumir los dos aspectos ya en el mismo momento de tomar la decisión, y tendrá que encontrar el impulso para iniciar la resolución y seguirla eficazmente.

Conversión (del corazón)

En realidad un proceso de búsqueda siempre resulta un proceso de conversión, porque la dinámica de la escucha respetuosa y de querer captar la verdad que hay en las aportaciones de los demás va configurando la cabeza y el corazón de otra manera. Las reservas iniciales desaparecen, los prejuicios también. La decisión será la que sea, pero irá llena de la verdad aportada por todos.

2.2.3. Unos ingredientes necesarios

Oración personal “discernida”

Hasta ahora sólo hemos hablado de ello indirectamente o bien dándolo por supuesto, pero ahora nos planteamos la pregunta abiertamente: ¿qué hace posible todo lo que hemos ido hablando hasta ahora? La oración personal. Nada que no pase por la oración de cada uno resulta aportación válida para comunicar a los demás. Es más, todo aquello que los demás aportan, tiene que ser objeto de oración por parte de aquellos que escuchan. Quien acompaña el proceso es quien irá marcando el ritmo y proponiendo la materia de reflexión personal que tendrá que conducir a la oración. De tal modo que en los encuentros y en las reuniones, sólo será objeto de comunicación y puesta en común aquello que cada uno haya ex-

perimentado en la oración a propósito del trabajo personal entre encuentro y encuentro.

Para poder aportar lo oído y experimentado, todos los participantes en el proceso deberán examinar y evaluar la oración para darse cuenta de aquello que les ha dicho o les ha manifestado el Señor. Habrá que darse cuenta de todos los sentimientos espirituales que se hayan manifestado: iluminaciones sobre algún aspecto, penumbras sobre otros, desconcierto, esperanza, paz, angustia... Estos movimientos interiores, serán los que habrá que comunicar sencillamente a los hermanos y a las hermanas en la puesta en común.

Por este motivo hay que hablar no sólo de la oración como núcleo de todo proceso de búsqueda comunitaria, sino de una oración “discernida”, “examinada” y “evaluada”.

Un método

Como en el caso de los Ejercicios de san Ignacio, que tanto ayudan a aquellas personas que quieren encontrar y hacer la voluntad de Dios en/con su vida (en definitiva, que quieren decidir), también un proceso comunitario de búsqueda de la voluntad de Dios requiere un cierto método. Evidentemente, ahora no podemos trabajar este aspecto, pero al menos dejarlo enunciado.

Quien acompañe deberá tener experiencia y conocimientos para hacer “de entrenador” y conducir el camino de la comunidad. Es bueno, y parece casi necesario, que alguien que no esté inmerso en el proceso, por lo tanto, alguien

“exterior”, acompañe al grupo o la comunidad en el camino, en su búsqueda.

Calendario/agenda

Casi no hace falta ni comentarlo porque es obvio. Hay que revisar las agendas y concretar los ritmos de los encuentros y los horarios, de manera que sean reales y posibles para que todos participen.

Conocimiento interno (información + afectión)

Acabamos de hablar de ello ahora mismo, pero quizás hay que hacer constar este “ítem” como título aparte. Para poder decidir según los planes de Dios, hay que llegar a tener un conocimiento claro del tema que está en estudio, un conocimiento que afecte a aquella persona (personas) que se lo ha planteado.

Este conocimiento va más allá del “saber” sobre alguna cosa. La oración personal y la escucha de los demás va introduciendo poco a poco en el conocimiento interno que se necesita para poder decidir según Dios, o con la mirada de Dios. Dios se ha dejado afectar por aquello que es nuestro (misterio de la Encarnación). Nosotros nos tenemos que dejar afectar si queremos sentir el deseo de Dios. A este tipo de conocimiento de la realidad y de las personas es al que nos referimos.

Comunicación (desde la oración)

También nos hemos referido a ella, pero hace falta que conste explícitamente como ingrediente básico. Sólo es objeto de comunicación aquello que se ha visto y experimentado en la oración. Aquí

no valen improvisaciones de última hora o reacciones primarias para “quedar bien” o para hacer ver que ya se han pensado las cosas. Hay que ser muy honrado, porque todos los que escuchan tienen que suponer que aquello que les dice del otro ha sido sopesado en la plegaria y en este sentido lo reciben como “palabra de Dios”.

Por esto, si alguno de los participantes, por lo que sea, no ha podido hacer los “deberes” (la oración) en casa, conviene que lo diga al empezar el encuentro y que se abstenga de hablar. Sí que tendrá que escuchar para no perder el hilo y poder volver a orar a propósito de todo lo sentido y escuchado de los demás.

2.3. Acompañar un proceso comunitario de búsqueda

Todo lo que hemos dicho hasta ahora debería servir para comprender el papel de quien acompaña un proceso de búsqueda de la voluntad de Dios en comunidad. Veréis que me referiré desde el principio a los Ejercicios de san Ignacio, pues es en mi experiencia de acompañar (y ser acompañado) donde he visto más claro, por analogía, cuál es el papel, el rol y la función (y la necesidad) de quien acompaña una comunidad.

2.3.1. El que acompaña los EE

Función

Primero comentaré la función de quien da los Ejercicios y después lo haré extensivo a quien acompaña a una comunidad. Cito directamente el texto de Ignacio:

«La persona que da a otro modo y orden para meditar o contemplar debe narrar fielmente la historia, de la tal contemplación o meditación, discurrendo solamente por los puntos, con breve o sumaria declaración; porque la persona que contempla, tomando el fundamento verdadero de la historia, discurrendo y racionando por sí mismo [...] es de más gusto y fruto espiritual que si el que da los ejercicios hubiese mucho declarado y ampliado el sentido de la historia.» [EE 2]

«En los tales ejercicios espirituales más conveniente y mucho mejor es, buscando la divina voluntad, el mismo Criador y Señor se comunique a la su ánima devota, abrazándola en su amor y alabanza y disponiéndola por la vía que mejor podrá servirle adelante.» [EE 15]

Hace falta que sea consciente, pues, de que su principal servicio es el de possibilitar que Dios mismo entre en contacto con la persona que sinceramente busca su voluntad, no interfiriendo en el proceso, sino ayudando a acoger esta presencia. Es Dios y sólo Él quien puede abrir los ojos del corazón del ejercitante, y quien puede animarlo (¡entusiasmarlo!) en su seguimiento. Quien da los EE es “sólo” la Iglesia que acompaña discretamente sin ningún tipo de protagonismo añadido.

En segundo lugar, ser consciente de que su trabajo es el de ofrecer “modo y orden”: por lo tanto, hacer de entrenador proponiendo método para poder hacer camino a buen ritmo, sin prisas, para que el Señor pueda “atrapar” a la

persona y esto permita al “peregrino” encontrar por sí mismo la presencia del Señor que invita a hacer camino, su camino.

Modo de proceder

Aparte de esto, las anotaciones² dejan bien claro que el papel de quien “da los ejercicios” es propio del maestro espiritual que sabe hacerse cargo de las situaciones diversas por las que pasa quien hace los EE, de manera que, como buen pedagogo, ilumine al ejercitante, le haga entender el sentido de todo aquello que está experimentando y lo oriente en la manera de actuar para hacer frente a las diversas circunstancias, siempre buscando sólo la voluntad de Dios. La temática principal de las primeras orientaciones del libro de los EE se mueve alrededor de las mociones internas de consolación y desolación, las posibles causas y los efectos que producen. Las anotaciones sólo hacen referencia a las “reglas” de primera y de segunda semana que se explican más adelante en el libro de los EE.

El magisterio del guía hará que el ejercitante, a partir de lo que experimenta, llegue a “conocer” los diversos espíritus [EE 8] y por esto, quien imparte los EE tendrá que animar a quien los hace a “examinar” en todo momento para darse cuenta de lo que le está sucediendo [EE 18], a ser sincero y a abrirse confiadamente a quien le acompaña [EE 7] y a animarlo a ser fiel en el camino iniciado [EE 6; 12].

Para que esto sea posible, las anotaciones recomiendan a quien da los Ejercicios:

– Que esté muy atento, sobre todo a las situaciones de desolación de quien hace los EE y le anime a ser comprensivo y paciente, alentando al ejercitante para que se prepare a recibir la consolación del Señor [EE 7].

– Que se adapte plenamente a la persona que hace los Ejercicios [EE 18] incluso teniendo en cuenta sus posibilidades reales de dedicación [EE 19] (de aquí nacen lo que ahora denominamos los EE en la vida cotidiana).

– Que no quiera condicionar la elección de quien hace los EE y que evite que el interesado se precipite a la hora de decidir [EE 14; 15].

– Y, sobre todo, que le dé en cada momento “sólo la comida que puede digerir”: es decir, que no se precipite por lo que respecta a su magisterio referente a las “reglas” de discernimiento. Que le explique o comente en los momentos adecuados aquello que necesita saber para mejor “conocer” lo que le está pasando y cómo tiene que actuar según los casos, evitando quemar etapas.

Las anotaciones no lo dicen, pero sí que se comenta en muchos directorios,³ y es evidente que quien da los EE tiene que haber hecho él primero la experiencia a fondo y tiene que conocer el método consciente de que el magisterio espiritual es un carisma que Dios ofrece a muchas personas para el servicio de los demás que no se improvisa y que hay que trabajar y cultivar.

Normalmente, el auténtico “maestro espiritual” tiene consciencia de su pequeñez y sabe que no se puede atribuir sin más ni más esta capacidad. Entiende que es el Espíritu quien se quiere valer de él para llevar a cabo una tarea que lo supera. Sabe también que si él, a pesar de ser indigno, ha recibido algún don en este sentido, lo tiene que poner al servicio de los demás sin querer lucir ningún tipo de “título” por delante.

Muy a menudo es desde fuera como se ven determinadas capacidades en algunos cristianos, y es la comunidad la que les pide que hagan este servicio y se pongan a la disposición de quien se lo pida.

2.3.2. Quien acompaña a una comunidad

Hay muchas similitudes entre quien acompaña EE personales y quien acompaña un grupo completo. Resumiendo y aprovechando lo que se propone en las anotaciones ahora citadas, podríamos enunciar algunos de los aspectos más destacados:

– El guía del proceso de búsqueda es alguien que conoce sinceramente su pobreza, pero desde su experiencia espiritual y apostólica se hace disponible hacia la comunidad, confiando sólo en el Señor. Es por lo tanto una persona disponible, que acoge con alegría la llamada que le hace la comunidad (la Iglesia) y se siente enviado (en misión).

– A él le corresponde dar el modo y el orden en cada momento del proceso y de tal modo que posibilite

todo el protagonismo al Señor y a la comunidad que desea encontrarlo.

– Tendrá que estar siempre atento para darse cuenta de todo lo que pase, tanto al grupo o comunidad, como a las personas concretas, siempre dispuesto a atender y a escuchar.

– Tendrá que ser capaz de hacerse cargo de todo y de animar, especialmente en tiempos de desolación,⁴ para poder iluminar el camino haciendo que la comunidad “conozca” aquello que vive y siente, explicando qué hay que hacer en estas situaciones.

– Habrá que ir abriendo camino de manera proporcionada a las posibilidades de la comunidad, evitando que no “se duerma” [EE 6], sino que vaya decididamente hacia delante, confiando en la actuación del Espíritu.

Función

Así pues, quien acompaña (lo podríamos llamar “guía”) actúa en una comunidad o grupo sólo como guía (referente externo), no como un miembro más. Será por lo tanto el animador del proceso, dando “modo y orden”, siempre atento al ritmo del grupo y atento a cada uno de sus componentes. Su tarea no acaba en la reunión de grupo, sino que abarca también un cierto acompañamiento de sus miembros para animar, motivar y alentar a los más atrasados, siempre como amigo en el Señor. Por lo tanto, tiene que ofrecer su buena disposición en este sentido para que todos se sientan con la suficiente libertad como

para pedir su ayuda cuando lo consideren oportuno.

Él tendrá que conocer las grandes líneas del proceso (objetivo y forma de proceder) y tendrá que saber explicar en cada momento aquello que más convenga y sólo lo que haga falta en cada caso para que todos se sientan comprometidos en el proceso, sin querer explicar de golpe todo el camino, cosa que representaría una dificultad. Recordemos la Anotación 11: «Al que toma ejercicios en la primera semana aprovecha que no sepa cosa alguna de lo que ha de hacer en la segunda semana; sino que trabaje en la primera de tal manera para conseguir la cosa que busca, como si en la segunda ninguna buena esperanza hallar» [EE 11].

Por esto, el guía organiza las diversas etapas y marca los ritmos del proceso, situando al grupo en cada una de las etapas de tal manera que todos sepan en cada momento el lugar donde se encuentran.

El guía tendrá que estar muy atento a todo lo que se diga (o no se diga: a veces lo que no se explicita es muy importante), muy atento a todo lo que se comparta y se manifieste directa o indirectamente, para percibir los sentimientos internos (mociones del Espíritu) que se hacen presentes en la comunidad. De esta forma, el guía se convertirá en el espejo que retorna los reflejos al grupo para poder hacer camino sabiendo «a dónde vamos y a qué» [EE 239].

Conviene que el guía vaya tomando notas en las reuniones, no a modo de acta, sino para resumir sobre todo sus percepciones por lo que respecta a los

“espíritus” (movimientos internos, sentimientos espirituales) que se van manifestando a lo largo del encuentro y para ir haciendo el mapa del camino que se está siguiendo. Así, los miembros del grupo no tendrán que preocuparse de nada aparte de escuchar atentamente la voz del Señor en la de sus compañeros y de manifestar aquello que ellos habrán experimentado en la oración personal. Estos resúmenes serán muy buenos “puntos de oración” de cara a interiorizar todo aquello que se habrá escuchado y percibido en los encuentros de grupo o de comunidad. No olvidemos que todo el proceso de discernimiento se lleva a cabo desde la oración personal, examinada y compartida.

Por otro lado, el guía también en su plegaria personal tendrá muy en cuenta todo aquello que habrá reflejado en su resumen para ir orientando el ritmo del proceso.

El magisterio en equipo

En el caso de comunidades muy numerosas que quieran iniciar un camino de búsqueda comunitaria de la voluntad de Dios por lo que respecta a su actuación apostólica o de cara a tomar determinadas decisiones importantes, hará falta que se articulen en grupos de trabajo menos numerosos (de entre seis y diez personas) que permitan una comunicación suficientemente fluida. Cada grupo debería disponer de un compañero guía. Estos guías tendrían que formar un pequeño equipo o comunidad de discernimiento, que permitiera articular el proceso conjunto de toda la comunidad. Sería bueno que otra persona, quizás con más experiencia, hiciera

de coordinador y líder del equipo, de manera que todos juntos fueran como el “guía” del proceso de toda la comunidad.

En el equipo se compartiría toda la información de lo que está pasando en todos los grupos para percibir claramente el ritmo del conjunto y así poder equilibrar las diversas velocidades, teniendo en cuenta que el mismo proceso en sí mismo ya es objetivo a lograr, dado que es generador de comunión y apertura a la acción del Espíritu. En este sentido, hay que evitar las prisas por decidir y acabar pronto (recordemos la anotación 14: «El que da los ejercicios, si ve al que los recibe que anda consolado y con mucho fervor, debe prevenir que no haga promesa ni voto alguno inconsiderado y precipitado» [EE 14]). De nada serviría el hecho de acelerar innecesariamente el ritmo si todo aquello que se está procesando no se integra y se convierte en vida propia y según el querer de Dios. No olvidemos que lo que nos mueve, y mueve a una comunidad, como decíamos antes, son principalmente los afectos. Así pues, se necesita un ritmo proporcionado para que todo aquello que en un momento se vaya viendo con la cabeza, vaya llegando al corazón de toda la comunidad.

Así pues, en el equipo de guías se produce un auténtico transvase no sólo de información sino de la vida y la actuación del Espíritu en el hacer de los grupos y del conjunto de la comunidad. En el equipo se reciben muchos datos y de algún modo se van homologando. Esto permite la elaboración de síntesis del camino que pueden ser devueltas a los grupos que las van integrando en su

ritmo particular. A todos les interesa saber qué está pasando en los demás grupos que participan en el camino de búsqueda, dado que es el mismo Señor y su Espíritu quien se está manifestando y actuando.

Desde el equipo de guías se puede promover y organizar encuentros, días

de retiro, celebraciones de la eucaristía y otros signos sacramentales que ayuden a todos a sentir viva la dimensión de iglesia (Cuerpo-de-Cristo) que se va tejiendo al hacer camino. Una dimensión que ya se va percibiendo como realidad en el mismo proceso de búsqueda.

3. EL DISCERNIMIENTO DE LAS MEDIACIONES Y SUS DIFICULTADES

Hablar de mediaciones comporta pensar primero en la persona del intermediario a pesar de que el concepto de mediación en el acompañamiento personal no se agota en esta figura.⁵

1. LAS MEDIACIONES

1.1. Mediación e intermediario

Mediación es un concepto fundamental de la teología que explica las múltiples conexiones existentes entre la gracia divina y la realidad humana, entre la historia humana y la historia de salvación. La espiritualidad se ocupa de la vivencia teologal, permite valorar personas, hechos y cosas a la luz de su finalidad verdadera: el encuentro personal entre Dios y el hombre.

En la exhortación a los cristianos hebreos (He 1,1s) se nos dice que Jesucristo es “el” intermediario de toda la economía de salvación: único y definitivo,

presente y futuro, de la salvación. En los evangelios, sin emplear el término “intermediario”, se lo denomina mesías, salvador, revelador, palabra, camino, verdad, vida; Hijo de Dios venido del Padre, el único que lo conoce y lo puede dar a conocer.

«El amor humano de Cristo hacia los hombres es la manifestación comunicadora del amor de Dios hacia los hombres: la misericordia redentora del mismo Dios que llega a nosotros a través de un corazón humano... En Cristo no sólo se nos ha revelado Dios y su amor sino que Dios nos ha

manifestado qué es un hombre que se entrega enteramente a él, el Padre invisible.»⁶

El mismo Cristo, sin embargo, utiliza mediaciones: la Ley, las fiestas; el tacto, la saliva y el barro, imposición de manos; lavar los pies, el pan, la copa de vino; la palabra, los relatos o las parábolas.

Jesús quiere devolver a las mediaciones su sentido básico de encuentro con Dios: la plegaria sencilla, la limosna discreta, la prioridad de la vida frente al sábado, de la ayuda a un necesitado más que el sábado; del corazón limpio más que las manos o los pies limpios.

Jesús se indigna a causa de las perversiones del sentido de las mediaciones: el Templo reducido a cueva de ladrones, frases bíblicas reducidas a colgantes (filacterias), el sábado entendido como un absoluto, etc.

1.2. Acción visible de Jesús invisible

Jesús es, en la actualidad de su pasión y glorificación, el intermediario de la Nueva Alianza: no es algo acabado sino presente.⁷ La misión que le confió el Padre la sigue desarrollando a través del Espíritu y de las mediaciones que dan cuerpo a su presencia-ausente.

«La economía de la encarnación postula, desde la ascensión de Jesús, una mediación corporal que la prolongue. El “cuerpo sacramental” del Señor es la Iglesia (“sacramento de salvación” como reconoce el Vaticano II). Jesús invisible, actúa visible-

mente en su cuerpo y por su cuerpo que es la Iglesia.»⁸

Evidentemente la mediación eclesial animada por el Espíritu resulta más opaca y difícil que la del puro Evangelio. Ninguna mediación es evidente. Ni tan sólo en el caso de Jesús histórico: viéndolo y viendo las señales que hacía, unos se volvieron creyentes y otros decidieron matarlo (cfr: Jn 11,45s).

Las mediaciones, sin embargo, son esenciales en plan salvífico de Dios.

1.3. Naturaleza y funciones de las mediaciones

Todas nuestras relaciones con Dios están enriquecidas y grabadas con el realismo denso de la naturaleza, de la historia, de la psicología personal. Dios nos viene a encontrar a través de personas, libros, acontecimientos o señales.

Entendemos por mediación la capacidad espiritual que poseen determinados objetos, actos, personas... de comunicar al hombre la acción de Dios y de despertar y expresar en el hombre acogida y respuesta de comunión. Si son personas, las denominamos intermedios; medios, si son objetos o actos. Si uno y otro actúan cumpliendo su función, hablamos de mediación.

1.4. Elementos principales de la mediación

Son éstos:

- Dios, que se comunica al hombre por los caminos de la encarnación sensible y de la historia.

– El hombre, capacitado para acoger a Dios y darle respuesta por los mismos medios.

Las realidades de la creación, de la historia, de la psicología... asumidas por Dios para esta relación de gracia.

La función mediadora de estas mismas realidades que despiertan la conciencia teologal del sujeto.

En toda mediación, en el centro, se encuentra Dios y el hombre en comunión. Todo se orienta hacia esta relación. Todo tiene que servir a esta comunión, lo que no quiere decir que se tenga que negar la autonomía a la realidad mediadora en sí misma, sino desde su afirmación, trascenderla para llegar a su sentido más profundo.

Distinguiamos entonces la realidad desnuda de su función relacional. Dios ha querido hacerse presente en toda realidad por creación y por redención. Su propósito es querer hacer llegar hasta la conciencia y la libertad del hombre su amor y crear diálogo con él. Dios ha inyectado gracia en la creación entera, en los hechos de la historia, en las personas, en las cosas. Adentrándose en el abismo de las mediaciones, Dios acaba haciendo, de prácticamente todo, lugar de gracia y de diálogo. Sin embargo, la realidad, por sí misma, no puede hacer la función mediadora, ni la función mediadora puede prescindir de la realidad.

1.5. Las mediaciones personales

La presencia de la persona en las mediaciones impone al sujeto que las utiliza una especial penetración de fe para llegar a la sustancia de la comunión. Pero impone a la persona que interviene la grave responsabilidad de que sus intenciones y actos correspondan a la realidad que representa. En otras palabras, el superior o el responsable eclesial a cualquier nivel, para que se convierta en voz de Dios, él mismo tiene que hacerse “voz de Dios”. Con sabiduría, humildad, compasión y oración, deberá ser muy receptivo a la voz de Dios para poderla transmitir.

La persona interviene también como objeto receptivo de nuestra relación con Dios. El amor y el servicio al hermano acaba en Cristo: «Os lo aseguro: todo aquello que hacíais a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hacíais» (Mt 25). Evidentemente, la relación que se establece con una persona en la que Dios se manifiesta y sale al encuentro, no es la misma que podemos tener con un paisaje. El hermano es por sí mismo núcleo de una relación personal, en la que la persona encuentra a la persona, y en ella y por ella encuentra a Dios. El otro, no es sólo un “pretexto” para encontrar a Dios, sino que es encuentro con Dios.

No hay comunicación con Dios, ni tan sólo en el caso de los místicos, fuera de toda mediación subjetiva y de toda cultura.

2. VIVENCIA TEOLOGAL

2.1. Actitud de vida teologal

La comunión personal con Dios sólo es posible porque él se nos acerca a nosotros y quiere y desea un encuentro personal, una comunión personal. A esta oferta y respuesta creyente, en plena gratitud, la denominamos vida teologal. Entonces, Dios se convierte en el Dios vivo, el Dios de la Vida. La fe, la esperanza y la caridad son las causantes de esta relación inmediata entre Dios y el hombre, y son, por lo tanto, las que dan vida a las mediaciones.

Dios, que inicia esta relación,⁹ ofrece y deposita en la persona todo su amor, su esperanza y su fe (confianza plena). Las tres virtudes teologales son las que realizan en y a través de las mediaciones, la comunión directa de Dios con la persona (y también podríamos decir de Dios y la comunidad).

La respuesta de la persona tiene como inicio la acción de Dios y se manifiesta también en la caridad, la fe y la esperanza. La respuesta de la persona es obra de Dios mismo en el Espíritu. Dice Juan de la Cruz:

«Allí le da su amor, en el mismo la muestra amarle como de él es amada, porque, además de enseñar Dios allí a amar al alma pura y libremente sin intereses como él nos ama, transformándola en su amor, como hemos dicho; en lo cual da su misma fuerza con que pueda amarle.»¹⁰ (C 38,4)

2.2. Inmediatez en las mediaciones

En realidad, son los medios asumidos por Dios en su revelación los que posibilitan la comunión inmediata. Sin estas mediaciones la comunión pierde consistencia. Esto sucede en las relaciones personales: sin las mediaciones como por ejemplo la palabra, la mirada, el regalo, el gesto, el recuerdo histórico o el lugar adecuado, no hay comunión posible: los medios favorecen la inmediatez del encuentro personal.

Diríamos que la vivencia teologal está integrada por dos actitudes complementarias, que parecen contradictorias:

- Adhesión a la realidad sensible en su propio valor y significado.
- Transcendencia (de la realidad sensible) dentro de la misma comunión personal con Dios.

La experiencia simultánea de estas dos fuerzas pide equilibrio vivo, y es indispensable para poder aprovechar espiritualmente (¡vitalmente!) las mediaciones.¹¹

2.3. Discernir¹²

Las virtudes teologales, aparte de posibilitar y de realizar la comunión directa como decíamos antes, permiten llevar a cabo una tarea subsidiaria de cara a discernir las mediaciones: asumen la palabra, la persona, el objeto como presencia de Dios, pero no los identifican con

Dios ni equiparan las diversas mediaciones entre sí. Hace falta la vivencia teologal para saber discernir (distinguir) y no identificar a Dios con las mediaciones, y para ordenar y valorar la calidad de presencia de Dios en las mediaciones.

Cuando falta el espíritu teologal, los medios producen frustración y asfixia: un mundo cerrado en el que no encontramos nada aparte de a nosotros mismos y una historia inexpressiva, sin sentido y quizás abocada al absurdo.

3. ACOMPAÑAR EN LA ELECCIÓN DE MEDIACIONES¹³

3.1. Pedagogía y mistagogía

Será necesario que la pedagogía de la fe se oriente en el sentido de reanimar siempre la vida teologal, que es el alma de las mediaciones: el sentido de Dios y del encuentro con Él, como misterio nuclear de la fe. En otras palabras, una mistagogía que tenga cuidado de la asimilación experiencial del misterio por parte de la persona en la síntesis entre actuación e interiorización.

Por este motivo, hará falta que el acompañamiento del creyente tenga un primer tiempo de reeducación en la fe, dirigido a reanimar la vivencia teologal, que es el alma de las mediaciones. Es una tarea interna: de interiorización.

La reeducación teologal del creyente se lleva a cabo, en parte, en el uso mismo de las mediaciones adecuadas, como lugar de encuentro con Dios. En este sentido, hará falta desarrollar una educación directa de la vida teologal: el sentido de Dios y de su encuentro; los contenidos del misterio, las formas de presencia y de su acción en la historia, actitudes para detectar esta acción de Dios y para colaborar en ella.

Por esto citábamos la “mistagogía”: es decir, aquella pedagogía iniciática, que se encarga de la asimilación experiencial del misterio por parte de la persona; acción que tendería a cultivar aquellas actitudes vitales que deberían permitir al creyente acoger el *misterio* y por tanto dejarse afectar y transformar por el misterio, para convertirse en mediación para la acción de Dios (el Reino de Dios) en nuestra historia. Estamos hablando de experiencia de Dios, es decir, de comunión con Dios, comunión de toda la persona: desde el pensamiento hasta los sentimientos y la práctica de la vida (la forma de hacer “creyente”). Nos referimos a la experiencia del Dios siempre más grande: del Dios transcendente, que cuando más vivo y en comunión con nosotros le sentimos, más lejano e inalcanzable le percibimos. Una pedagogía de la fe que exprese claramente que los caminos de seguimiento son “noche oscura”¹⁴ como diría Juan de la Cruz, y que por lo tanto animen al creyente a implicarse en el reto del misterio de Dios con nosotros.

3.2. La pedagogía de la evaluación

3.2.1. *El pedagogo*

En el Antiguo Testamento, el prototipo de acompañante, lo podríamos llamar *pedagogo*, es Moisés. Según se nos relata en el libro de los Números (6,24-26), el Señor Dios habla a Moisés y le dice cómo tendrán que bendecir al pueblo Aarón y sus hijos. Le dice que lo hagan con estas palabras:

«Que el Señor te bendiga y te proteja. Que el Señor te mire con agrado y te muestre su bondad. Que el Señor te mire con amor y te conceda la paz.»

Pienso que es un resumen claro (y un “programa pedagógico”) del deseo y de la intención que tendría que mover a aquellas personas que acompañen a otros cristianos en el camino de seguimiento del Señor, y por lo tanto en el camino de búsqueda de las mediaciones más adecuadas. Desde esta clave “pedagógica”, quien acompaña, poco a poco tendrá que ir ayudando y enseñando al creyente fomentando en él una serie de actitudes y creando unos determinados hábitos. El primero quizás fuera el de ayudarlo a rezar cada día, de forma sencilla, breve, mirando la realidad vivida: hechos, acontecimientos, personas, circunstancias... teniendo pues la misma vida como argumento de la oración. Podríamos denominarla: la pedagogía de la evaluación.

3.2.2. *El don de la claridad de la mirada*

Poco a poco, el creyente deberá ir deseando y recibiendo el don de la mira-

da iluminada para adquirir la lucidez interior. Hará falta desear y pedir este don:

«[Jesús] le preguntó: “¿Qué quieres que haga por ti?” El ciego le respondió: “Maestro, quiero recobrar la vista”» (Mc 10,51).

Y esto hacerlo insistentemente, cada día. Sólo desde esta mirada tan especial, que en definitiva vendría a ser la mirada de Dios mismo sobre nuestra realidad, el creyente puede llegar a ver el mundo y la historia que se va tejiendo en cada momento, de una manera honda, de una manera nueva y transformada. Sólo desde esta mirada podrá captar la radicalidad del misterio que se esconde. Todo ello es fruto de un aprendizaje que se desarrolla a lo largo de la vida.

3.2.3. *Ver qué pasa afuera*

En estos “signos de los tiempos” (y mediaciones) es donde Dios mismo se deja encontrar y donde se pueden captar (entender) sus inquietudes y deseos para nosotros. Debemos aprender a mirar aquello que pasa en nuestro entorno para que nos afecte. Es un pasar de ser espectador a ser “afectado”. Aunque el único maestro de oración es el Espíritu, quien acompaña es *mediación* del mismo Espíritu como pedagogo para iniciar y acompañar por caminos de oración y de búsqueda del deseo y de la voluntad de Dios. Será una ayuda que busca activar la sensibilidad humana y espiritual de quien es acompañado, para que nada de lo que afecta a la vida y a las personas le deje indiferente.

3.2.4. *Ver cómo afecta dentro*

La mirada hacia el exterior, poco a poco se va girando hacia dentro de uno mismo. Entonces, progresivamente uno se va dando cuenta de que los afectos sufren un vuelco; que hay una agitación interior, un movimiento interno que se capta como novedad. Así, poco a poco se va aprendiendo una rara morfología, que es la que configura la voz de Dios dirigida a la persona dentro de su corazón. A través de estos movimientos internos, poco a poco se va aprendiendo a descifrar el lenguaje que Dios dirige a los afectos y también a la cabeza: un lenguaje que mueve el corazón, lo cambia, y que al mismo tiempo ilumina la cabeza. Es lo que podríamos denominar la sabiduría del corazón.¹⁵ El pedagogo tendrá que ayudar a clarificar este lenguaje y a tomar conciencia de que es Dios mismo quien se quiere comunicar.¹⁶

3.2.5. *Generar hábitos*

Todo esto comporta generar el hábito de orar la vida cada día. No hace falta que sea demasiado larga. Bastan unos diez o quince minutos. Debería ser una oración sencilla, que tuviera como argumento la misma vida: las relaciones, las personas, los acontecimientos, aquello que parece vulgar. Habrá que reservar espacio dentro de la agenda, cosa posible sólo si existe el deseo de encontrar cada día un espacio de paz. Una oración que tendría que crear adicción en el creyente, porque el arte de decidir y optar (decisión sobre las mediaciones) comporta una tarea constante, escondida y de fondo, capaz de generar una nueva sensibilidad

sobre el entorno y sobre uno mismo. Se asemeja al que, queriendo estar en forma, reserva cada día un rato para hacer algo de ejercicio físico. Para decidir en cristiano sobre las mediaciones, hay que tener un sexto sentido capaz de captar con nueva sensibilidad la llamada y la voz de Dios, que resulta reclamo e invitación al seguimiento. Se trata, en definitiva, de ir adquiriendo una mirada nueva que es la claridad de la mirada de Dios.

3.3. El que es acompañado

3.3.1. *La comunicación con quien acompaña*

El que acompaña no sólo es quien enseña y anima al creyente a introducirse en este camino de la “mirada nueva”, sino que también es su confidente. El creyente que poco a poco va siendo cada vez más consciente de los reclamos del Señor le comunica con confianza sus sentimientos, los movimientos interiores que va experimentando. Entonces el que acompaña viene a desempeñar el papel de espejo que le devuelve la imagen recibida, evitando transformarla según los propios intereses, sólo procurando ayudar a clarificarla. En cualquier caso, su papel será el de quien sabe escuchar con mucho respeto, y el de animador del proceso que el cristiano, él en solitario, tendrá que hacer, a la búsqueda de la voluntad de Dios en cuanto a la elección de las mediaciones.

3.3.2. *Rectitud de intención*

Este hábito de búsqueda, sencillo, de cada día en la oración confiada, ayuda a

orientar al cristiano hacia Dios y su Reino. Aquel “hágase tu voluntad” del Padrenuestro va tomando sentido y va resultando la clave que abre la puerta de la libertad.¹⁷ Evidentemente no podríamos hablar de libertad, si la opción por Jesús y su causa no fuese el punto de partida (y de llegada). Pero esto que parece fácil de entender es un don (gracia de Dios) y una conquista de cada momento en la vida del creyente, porque las interferencias son constantes y los “afectos” se mudan. Precisamente cada posibilidad de elección de una nueva mediación será un tiempo favorable para renovar la opción primordial del seguimiento de Cristo, y al mismo tiempo una expresión clara de este seguimiento. No olvidemos lo que decíamos al empezar: Cristo es “el” intermediario.

3.3.3. La conversión del corazón

La oración-evaluación de cada día donde se descubre el paso del Señor por nuestra vida, ayuda a clarificar las intenciones y a renovar las actitudes creyentes, y a hacerlo desde la aceptación de la pobreza radical de cada uno, con toda la dimensión de pecado que comportan los afectos mal ordenados o mal orientados. Un tiempo, por lo tanto, de conversión desde la lucidez, viendo lo que está pasando en el fondo del corazón y cómo en el día a día se produce la elección de malas mediaciones. Este realismo nos ayuda a entender que el Señor no nos llama porque somos buenos, sino porque nos ama y nos quiere como intermediarios que hagan presente su Reino, ya ahora, en la historia. La claridad de la mirada que sólo el Señor

nos puede conceder nos hace autocríticos y nos empuja a la conversión. El Reino de Dios empieza en “nuestra casa”, una casa que no siempre está lo suficientemente limpia y ordenada.¹⁸

3.3.4. La llamada del Señor

A través de este constante goteo diario, poco a poco o de repente, ¡quién sabe!, el Señor deja sentir su llamada al seguimiento, siempre en forma de invitación, ofreciendo nuevas mediaciones (o viejas, que habrá que estrenar) como objeto de elección para el cristiano. Hay que estar preparado y siempre a punto para no dejar pasar el momento favorable, con las antorchas llenas de aceite (cf Mt. 25,10).

3.3.5. La búsqueda del quién y el cómo: movimientos interiores

En todo proceso de búsqueda, el diálogo creyente entre quien hace camino y quien lo acompaña (¡cuidado!, ¡que también éste hace camino y también es acompañado!) acostumbra a ser una mediación muy necesaria. Ayuda a objetivar, ayuda a evitar engaños,¹⁹ ayuda a distinguir los afectos y sentimientos, anima en momentos de perplejidad o de oscuridad, entusiasma en la toma de decisiones, reconforta en la paz. En todo caso, este diálogo deviene una pequeña concreción de Iglesia que camina en el seguimiento de su Señor. Normalmente, estos procesos se convierten en un tiempo de clarificación a partir de la revolución de los afectos. Decíamos en otra ocasión que las decisiones, de hecho, no se toman sólo con la cabeza sino tam-

bién con el corazón. Que si todo ello no llega a los afectos (“convertidos”) difícilmente ninguna decisión prospera de verdad, desde un punto de vista cristiano y humano.

Cuando hablamos de mediaciones, no siempre hablamos de decidir sobre qué hacer, o a dónde ir, o a qué lugar de misión, o qué partido tomar sobre una cuestión determinada que se nos plantea. A menudo, de lo que se trata es de sopesar cómo se desarrolla la tarea asumida y ser capaz de plantearse con agilidad y libertad de corazón el “cómo”, con la radicalidad conveniente. En este sentido habrá que estar muy atento a los movimientos interiores, para poder captar el deseo del Señor que no quiere que la historia se detenga en ninguno de nosotros. Sin embargo, no basta con ver hacia dónde nos conduce Dios. Hay que tener el coraje y el acierto necesarios para poder actuar según Él nos inspira, y por esto habrá que insistir una vez más en la oración para así recibir la fuerza y la alegría del Espíritu que nos empuje a actuar según la inspiración de Dios.²⁰

3.3.6. *Buscando la voluntad de Dios*

Toda decisión cristiana, y por lo tanto toda opción por lo que respecta a las mediaciones, como respuesta a la oferta (llamada/invitación) del Señor, conduce a la paz. Al fin y al cabo, si una decisión es un lugar de encuentro con el Señor, es con el Cristo Pascual, que siempre se hace presente invocando la paz (lo que no evita ni el conflicto ni la cruz). Si lo mirásemos al revés, podríamos decir que el cristiano sólo experimenta plena-

mente la paz cuando sus opciones se convierten en respuesta a la llamada del Señor, sin poner obstáculos.

3.3.7. *Decidir en paz. Ofrecimiento y confirmación*

El proceso de búsqueda puede ser accidentado, con experiencias de oscuridad y momentos de luz. El diálogo espiritual con quien acompaña ayuda a hacer el camino sin imposiciones y con respeto.²¹ Hace que uno se sienta acompañado a pesar de que el camino lo tiene que hacer solo, totalmente solo. A medida que se van sopesando tanto las ventajas y los inconvenientes sobre las mediaciones objeto de elección como los sentimientos que provocan en quien busca encontrar la voluntad de Dios, poco a poco se va haciendo luz y crece el deseo de dar una respuesta adecuada a la oferta del Señor. Con toda seguridad quien acompaña tendrá que sugerir que se intensifique el tiempo de oración. A medida que el proceso avanza se va experimentando la paz: un buen indicador de la elección más correcta. Tomada la decisión, habrá que ofrecerla al Señor para que la confirme en la paz.²² Esto requiere un tiempo prudencial.

3.4. Para acabar...

Sólo hemos presentado unas pinceladas sobre el sentido de las mediaciones y la conveniencia del acompañamiento en el proceso (cristiano) de búsqueda de las mediaciones más adecuadas en seguimiento del Señor. Todo ello, según mi parecer, es más complejo –o más sencillo, según se mire– de lo que parece. Lo que está claro es que el Señor habla, se

deja sentir y siempre ofrece lo mejor (entre las opciones posibles) a aquellos que lo quieren seguir. Si entre todos nos podemos ayudar (motivo de todo acom-

pañamiento personal) a aprender a optar en “cristiano”, mejor que mejor. ¡Qué más se puede desear! ¡Por esto somos Iglesia!

1. Una de las patologías más frecuentes en la vida de las iglesias de todos los tiempos es que algunos, digamos “con más responsabilidad”, no siempre los más representativos, se constituyan en colectivo titular de la “búsqueda” hasta el punto que llegan a pensar que ellos y sólo ellos son los que tienen que decir cuál es la voluntad de Dios después de haberla “discutido” entre ellos mismos. De aquí nacen muchas de las imposiciones morales a los fieles, dictaduras eclesiales a todos los niveles, etc. Pensemos que las decisiones eclesiales no discernidas o mal discernidas sólo originan división y fractura de la comunión.
2. Las “anotaciones” son los primeros párrafos del libro de los Ejercicios que hacen referencia básicamente a cuestiones metodológicas.
3. Los “directorios” de los Ejercicios son una recopilación de apuntes que redactaron diversos compañeros de Ignacio y jesuitas de los primeros tiempos de la Compañía, en los cuales dejaban constancia de cómo proponían los Ejercicios. Tienen, por lo tanto, un gran valor por su relación con los orígenes y por la aportación experiencial respecto a la forma de dar y de enfocar muchos de los temas y de las cuestiones que se plantean en el libro de los EE.
4. El término “desolación” lo tomamos en el sentido que Ignacio le da en el libro de los EE: situaciones de oscuridad, de falta de luz, de perplejidad, de sensación de distancia del Señor, etc. Estas situaciones se pueden hacer presentes también en las personas de un colectivo que busca la voluntad de Dios, o en determinadas personas que participan.
5. La primera parte viene a ser un resumen y glosa del artículo «Mediaciones» de F. RUIZ SALVADOR, *Nuevo Diccionario de Espiritualidad*, Madrid, Paulinas, 1991, 2a edición, pág. 893-902.
6. E. SCHILLEBEECKX, *Cristo sacramento del encuentro con Dios*. Pamplona, Dinor, 1965, pág. 26-27.
7. «En cambio, a nuestro gran sacerdote le corresponde officiar un culto más excelente, ya que es mediador de una nueva alianza mucho mejor...» (Heb 8,6); «Así pues, Cristo es mediador de una nueva alianza, porque ha muerto en rescate por los pecados cometidos bajo la primera... un testamento sólo es efectivo si el testador ha muerto...» (Heb 9,15).
8. E. SCHILLEBEECKX, *ibid*, pág. 75-76.
9. «El amor consiste en esto: no somos nosotros quienes nos hemos adelantado a amar a Dios; Él nos ha amado primero» (1n 4,10).
10. Comentario a la estrofa: «Allí me mostrarías / aquello que mi alma pretendía / y luego me darías / allí, tú, ¡vida mía!, / aquello que me diste el otro día». Juan de la Cruz comenta: «Esta pretensión del alma es la igualdad de amor con Dios, que siempre ella natural y sobrenaturalmente apetece, porque el amante no puede estar satisfecho si no siente que ama cuanto es amado» (C 38,3).
11. Juan de la Cruz: «Porque así como es bueno y necesario el medio para el fin, como son las imágenes para acordarnos de Dios y de los santos, así cuando se toma y repara en el medio más que por sólo medio, estorba e impide tanto en su tanto como otra cualquier cosa diferente» (III S 15,2). Y dice Ignacio de Loyola: «El hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios Nuestro Señor, y mediante esto, salvar su ánima [...] de donde se sigue, que el hombre tanto ha de usar dellas, cuanto le ayudan para su fin, y tanto debe quitarse dellas, cuanto para ello le impiden» [EE 23].
12. Discernir: distinguir algo de otra cosa, señalando la diferencia que hay entre ellas. Comúnmente se refiere a operaciones del ánimo. (*Diccionario de la lengua española*, Real Academia Española)
13. Es muy interesante ver cómo los grandes místicos ponderan la necesidad del acompañamiento. Concretamente san Juan de la Cruz. Sólo propongo alguna breve referencia: «El

que solo quiere estar, sin arrimo de maestro y guía, será como el árbol que está solo y sin dueño en el campo, que, por más fruta que tenga, los viadores se la cogerán y no llegarán a sazón» (D5). O también «El alma sola, sin maestro, que tiene virtud, es como el carbón encendido que está solo; antes se irá enfriando que encendiendo» (D7). Vale la pena leer qué dice Juan de la Cruz respecto a la forma de proceder de los maestros en el espíritu en L 3,27-62.

14. «La noche oscura es la fe, mejor dicho, la vida entra en fe. En un primer momento, la fe se siente como simple oscuridad y privación. Más adelante, la fe se presenta como guía valiosa y medio de unión. Por fin, la fe misma es la persona del Amado, contiene el objeto de la búsqueda, sujeto de comunión» (Federico Ruiz Salvador).
15. Juan de la Cruz: «La sabiduría entra por el amor, silencio y mortificación. Grande sabiduría es saber callar y no mirar dichos ni hechos ni vidas ajenas» (D113).
16. Vale la pena recordar la relación del maestro Eli y el discípulo Samuel: «Eli, comprendiendo entonces que era el Señor quien llamaba al joven, le dijo: “Ve a acostarte, y si el Señor te llama, respóndele: Habla, que tu siervo escucha”» (1Sam 3).
17. Conviene recordar que la “parábola del Buen Pastor” empieza con la parábola de la puerta. El Señor afirma que Él es la puerta, y que esta puerta es una puerta de libertad: «Yo soy la puerta: el que por mí entra será salvo; entrará y saldrá, y encontrará pastos» (Jn 10, 9).
18. Teresa de Jesús, al hablar de la “cuarta” forma de oración en el proceso espiritual de crecimiento (cfr. V 11), por lo tanto cuando uno ya va muy entusiasmado en el seguimiento del Señor y decidido de todo corazón a hacer su voluntad, dice: «Aquí no sólo las telarañas ve de su alma y las faltas grandes, sino un polvito que haya por pequeño que sea, porque el sol está muy claro; y así, por mucho que trabaje un alma en perfeccionarse, si de veras la coge este Sol, toda se ve muy turbia. Es como el agua que está en un vaso, que si no le da el sol, está muy claro; si da en él, se ve que está todo lleno de motas» (V 28). Y unos capítulos antes insiste en la necesidad de no abandonar nunca la oración, pase lo que pase: «Mas cuando, como he dicho cayere, mire, mire por amor del Señor no la engañe en que deje la oración como hacía a mí con humildad falsa... fie de la bondad de Dios, que es mayor que todos los males que podemos hacer, y no se acuerda de nuestra ingratitud cuando nosotros conociéndonos queremos tornar a su amistad... antes ayudan a perdonarnos presto, como a gente que ya era de su casa y ha comido, como dicen, de su pan» (V 17).
19. Juan de la Cruz: «Entre las muchas astucias de que el demonio usa para engañar a los espirituales, la más ordinaria es engañarlos debajo de especie de bien y no debajo de especie de mal; porque sabe que el mal conocido apenas lo tomarán. Y así siempre te has de recelar de lo que parece bueno, mayormente cuando no interviene obediencia» (Caut 10). Ignacio de Loyola, en las reglas para la Segunda semana de EE, dice: «La cuarta, propio es del ángel malo, que se forma ‘*sub angelo lucis*’, entrar con la ‘ánima devota’ y salir ‘consigo’, es a saber, traer pensamientos buenos y santos conforme a la tal ánima justa, y después poco a poco procura de ‘salirse’, trayendo a la ánima a sus engaños cubiertos y perversas intenciones» [EE 332].
20. Teresa de Jesús, una vez aclarada de sus dudas y oscuridades gracias al acompañamiento espiritual, dice: «Ya aquí me dio el Señor libertad y fuerza para ponerlo por obra» (V 24,9). Ignacio de Loyola acababa muchas de sus cartas así: «Ceso rogando a la su divina majestad nos quiera dar su gracia cumplida para que su santísima voluntad sintamos y aquella enteramente la cumplamos» (Carta al Duque de Gandía. Roma 1545).
21. Juan de la Cruz: «Deben pues los maestros espirituales dar libertad a las almas, y están obligados a mostrarles buen rostro cuando ellas quisieren buscar mejoría» (L 3,61). Teresa de Jesús, quien tuvo que soportar maestros incompetentes hasta que encontró competentes (cf. V 23-24), dice: «Quedó mi alma de esta confesión tan blanda que me parecía no hubiera cosa a que no me dispusiera [...] aunque el confesor no me apretaba [...] y esto me

movía más, porque lo lleva a por modo de amar a Dios, y como que dejaba libertad y no apremio, si yo no me lo pusiese por amor» (V24,1); y hablando de otro “acompañante” o confesor dice: «Este padre me comenzó a poner en más perfección. Decíame que para del todo contentar a Dios no había de dejar nada por hacer; también con harta maña y blandura [...] él me dijo que lo encomendase a

Dios unos días [...] porque me diese luz de cuál era la mejor» (V 24,6).

22. Dice san Ignacio: «Hecha la tal elección o deliberación, debe ir la persona que tal ha hecho con mucha diligencia a la oración, delante de Dios nuestro Señor y ofrecerle la tal elección, para que su divina majestad la quiera recibir y confirmar, ‘siendo’ su mayor servicio y alabanza» [EE 183].